

Margarita. Jardín. Ext. Día.

UNO

Margarita criaba unas gallinas como pavos, y las vecinas la envidiaban.

“¡Margarita, aparta esas gallinas de la carretera no las vaya atropellar un veraneante!”

A Margarita se la traía floja la envidia, y otras muchas cosas. Veía la vida con los ojos de la naturaleza y si la mano le alcanzaba para coger una pera, pues la cogía. Su marido la quería por eso. Y por eso mismo la temía.

“Margarita no mires a los hombres cuando te miren, no vayan a pensar lo que no tienen que pensar”

“Yo los miro para ver como me miran”

“Eso a ti no te importa”

“Pues son dignas de ver esas caras”

Margarita, a los hombres del pueblo los tenía muy vistos, y no sólo vistos. Antes de casarse, claro, había hecho inventario. El jaleo de celos de su marido era injustificado, y ella, más que nada, se reía, pero una mañana llegó al pueblo la camioneta del pescadero y..., traía pescado fresco. “A cómo está la pescadilla”

“La que se muerde la cola o la otra”

“Ay, qué gracioso. No será usted humorista”

“No señora. Yo soy Casimiro. ¿Y usted?”

“¿Yo?”

Las vecinas no perdían comba, y con los ojos, distraídas, miraban el pescado, y con las orejas, atentas, radiografiaban la conversación.

“Yo soy la Señora de Álvarez”.

“Toma castaña” musitó Luciana la del cartero. Una risita, lerdá y general, brotó de entre el público femenino que acariciaba la caja fuerte de sus monederos con la axila ancestral. El pescadero, achantado, se limitó a su oficio y Margarita vigilada por el gentío se despidió con un gélido: “Adiós”.

Al marido de Margarita la pescadilla le supo a gloria. Alabó el género, y se alegró de que Tomás, el antiguo pescadero, hubiese hecho traspaso del negocio. Margarita también se alegró, pero en un lugar que ella desconocía, y que le encendió las mejillas como si fueran un volcán.

“¿Tienes calor?”

“Sí.”

“Es que echas mucha leña al fuego.”

Margarita, meneando con cuidado las caderas, se acercó a la cocina económica y la descargó, sacando con los hierros un leño medio encendido. A la semana siguiente volvió el del pescado. La furgoneta venía pitando desde la carretera, más contenta de lo normal, y las vecinas salían perezosas al frío seguidas por perros pequeños, feos y viejos. Margarita, frente al espejo, se arreglaba el pelo.

“¡Margarita! ¡El pescadero!”, gritaba el marido desde la cuadra. “¡Que vas a llegar la última y te vas a quedar con lo peor!”

“Ya voy”, decía Margarita. Y más lenta aún, se chupó otra horquilla que clavó con mucho cuidado en el infinito del moño.

Las mujeres de la fila se iban llevando las sardinas y las truchas, las anchoas y los salmonetes, las rodajas de atún, y de emperador, la cola de un salmón, cuatro gallos tristes, una dorada solitaria y un para de lubinas orondas. “Pues no sé que llevarme.”

Margarita miraba los restos, forzando el gesto analítico.

“Es que has llegado la última, guapa.”

“¿A cuánto está la merluza?”

“Muy cara.”

“A cuánto.”

Ya no quedaban vecinas a la vista, pero Margarita sabía que la vigilaban desde las atalayas de sus

ventanas, como paparazzis rurales de un país recóndito.

“A mil quinientas pesetas.”

“¿A dónde vas después de este pueblo?”

“A Santaolalla.”

“Uh, eso es como un desierto.”

“¿Qué?”

“Que te vayas para Revilla, y te metes por el puente del molino. Pues a mil quinientas me parece carísimo.”

“¿Qué?”

“Lo que oyes. Pónmela, igual me da”

“¿Qué?”

El pescadero se había quedado en un qué pétreo, perpetuo y pesado. Su asombro había entrado en las ruedas de su mente como un palo atravesado, y no sabía dónde dar el siguiente paso. Margarita tuvo que llevarlo de la mano. “Córtame dos rodajas de merluza.

Venga, coña.”

“¿Así?”

“Me da igual. No me mires. Corta la merluza. Te vas hacia Revilla, y te metes al molino. ¿Te estás enterando?”

“Sí.”

“Que no me mires. Espérame ahí. Dame la merluza. Pero envuélvemela bestia.”

“Me he puesto nervioso.”

Las dos rodajas de merluza rodaron entre las manos del pescadero como las ruedas de la bicicleta que llevó a Margarita hasta el puente del molino. Allí, en un recodo muy fresco, bajo los chopos, junto al agua rumorosa que acarician con su tripa las golondrinas, Margarita y el pescadero gozaron su amor furtivo. Fue algo breve y precipitado, acuciados por el miedo a que les viesan, pero lo pasaron bien, a pesar de todo, más por lo prohibido que por otra cosa.

De aquello se enteró todo el pueblo, claro. Todos menos el marido, y gracias a estas cosas que pasan en los lugares pequeños, aquel secreto entró a formar parte de otros mil secretos que se guardaban en las casas.

Secretos que sólo salen a relucir en las sobremesas, resguardados por la intimidad de las familias, cuidados y arropados, cultivados y desarrollados, alargados, transformados y aumentados. Secretos que conoce todo el mundo, menos los interesados, secretos que los demás guardan con esmero de bibliotecarios, porque todos saben que sobre esos secretos se sostiene el pueblo entero, todos saben que esos pequeños y grandes secretos son los cimientos del pueblo, y sacarlos de lo íntimo, mancharlos con la luz, sería como escribir el final del universo. Por causa de aquello, Margarita se quedó preñada, y el chico, salió clavado al pescadero. Todo el mundo lo veía, menos su marido, y nadie jamás osó decirlo en voz alta. Un día, un imbécil, en la taberna, le dijo al chaval “tú que miras pescadito frito”, y ante la mirada atónita del chico, entre todos, le dieron al imbécil una buena paliza.